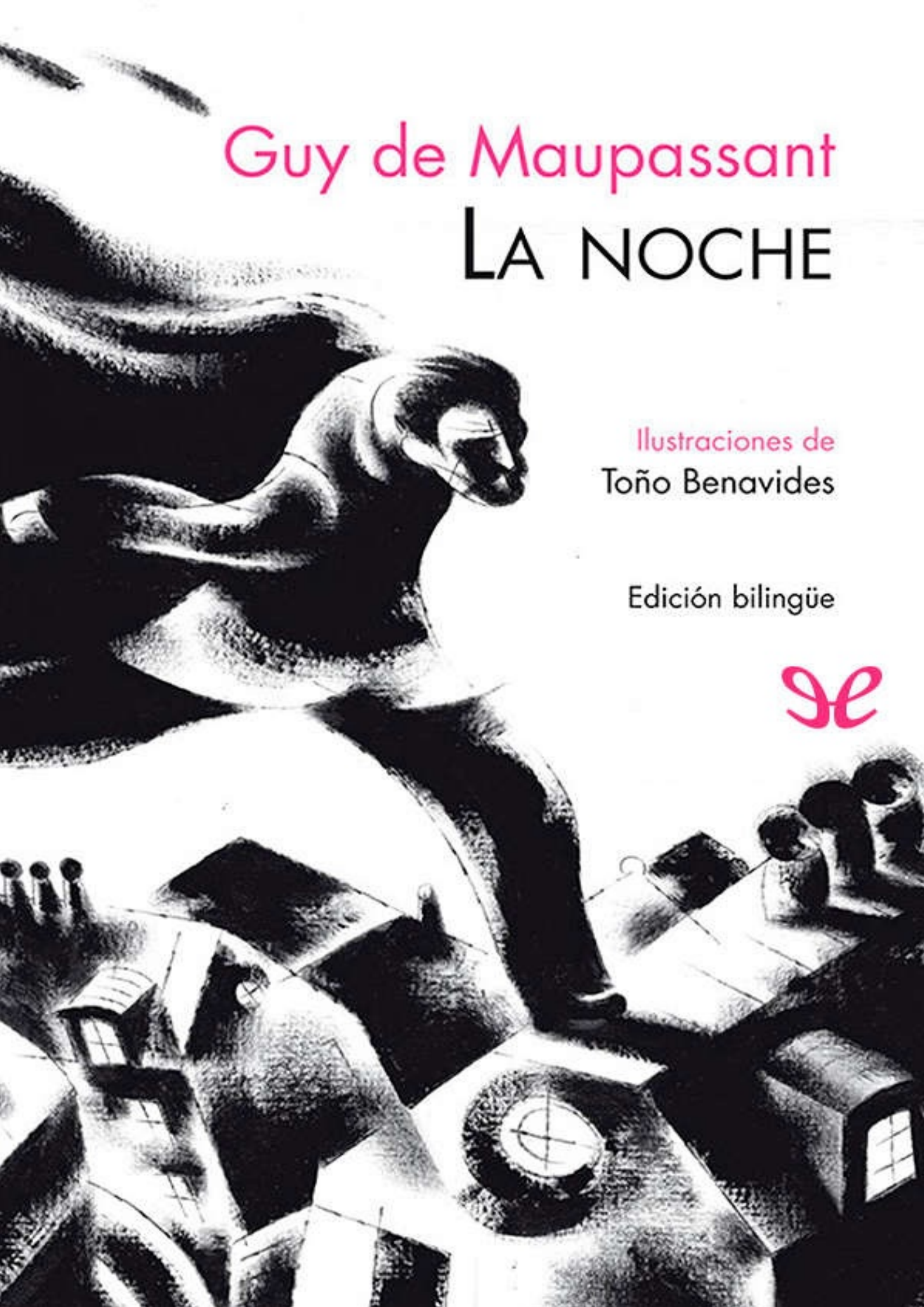
Guy de Maupassant

La noche

Ilustraciones de
Toño Benavides

Edición bilingüe



La noche es una narración reflejo de esa obsesión por la muerte que Maupassant llevaba encima. La historia de un hombre que amaba la noche por encima de todo, la amaba como se ama a una amante furtiva. Sólo al refugio de la oscuridad se encontraba a sí mismo y despertaba del letargo diurno. En su desvarío, sin darse cuenta, va siendo víctima de sus lúgubres deseos hasta darse cuenta de cuán lejos había avanzado en un callejón sin salida, en un camino sin retorno. Un auténtico misántropo que demasiado tarde busca el calor humano, inmerso en una espiral de soledad, en un paisaje ya post humano, sin luz, sin una concepción clara del tiempo, sin nadie, sin nada.

Guy de Maupassant

La noche (Ilustrado-bilingüe)

ePub r1.2
Titivillus 19.06.16

Título original: *La nuit*
Guy de Maupassant, 1880
Traducción: Íñigo Jáuregui
Ilustraciones: Toño Benavides

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

LA NOCHE
(Pesadilla)

Amo la noche con pasión. La amo como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos, que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las claras mañanas. El búho huye en la noche, negra sombra que atraviesa la oscuridad, y, alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me aburre y me fatiga. Es brutal y ruidoso. Me levanto con dificultad, me visto con desidia, salgo con desazón, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me pesa como si levantara una abrumadora carga.

Pero cuando baja el sol, una alegría confusa invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra, me siento otro, más joven, más fuerte, más alerta, más dichoso. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: anega la ciudad, como una onda inasible e impenetrable, oculta, borra y destruye los colores, las formas, envuelve las casas, los seres, los monumentos, con su abrazo imperceptible.

Entonces me entran ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr sobre los tejados como los gatos; y un impetuoso e invencible deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, ando por los sombríos arrabales y por los bosques cercanos a París, donde oigo rondar a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que se ama con violencia siempre acaba por matarte. Pero ¿cómo explicar lo que me pasa? ¿Cómo hacer comprender siquiera el hecho de que pueda contarlo? No sé, ya no lo sé, sólo sé que así es. Ahí va.

El caso es que ayer… ¿Fue ayer? Sí, no hay duda, a menos que fuese antes, otro día, otro mes, otro año, no lo sé. Sin embargo, tuvo que ser ayer, pues aún no se ha hecho de día y el sol no ha vuelto a salir. Pero ¿desde cuándo dura la noche? ¿Desde cuándo?… ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá jamás?

Ayer, pues, salí como todas las noches después de cenar. Hacía muy buen tiempo, muy dulce y cálido. Mientras bajaba hacia los bulevares, veía sobre mi cabeza el río negro y estrellado recortado en el cielo por los tejados de la calle, que giraba y hacía ondularse como un río verdadero esa corriente de astros.

Todo era claro en el aire ligero, desde los planetas a las farolas de gas. Tantas luces brillaban en lo alto y en la ciudad que sus tinieblas parecían luminosas. Las noches resplandecientes son más alegres que los grandes días de sol.

En el bulevar, los cafés refulgían. La gente reía, pasaba, bebía. Entré un momento al teatro, ¿a cuál? Ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí, y salí con el corazón un poco ensombrecido por ese choque de luz brutal sobre los dorados del balcón, por el centelleo ficticio de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esa claridad falsa y cruda. Llegué a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto semejaban hogueras en el follaje. Los castaños bañados por la luz amarilla parecían pintados, como árboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas pálidas y resplandecientes, a huevos lunares caídos del cielo, a perlas vivas, monstruosas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia, los hilos de gas, de un gas sucio y vulgar, y las guirnaldas de cristales de colores.

Me detuve bajo el Arco del Triunfo para contemplar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros. Los astros del cielo, los astros desconocidos, arrojados al azar en la inmensidad, donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen pensar, que tanto hacen soñar.

Entré en el Bois de Boulogne y allí permanecí durante mucho tiempo. Un escalofrío singular se había apoderado de mí, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación mental que rayaba en la locura. Anduve durante mucho, mucho tiempo. Después regresé. ¿Qué hora sería cuando volví a pasar por el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía, y unos negros nubarrones se extendían lentamente por el cielo.

Por primera vez sentí que iba a ocurrir algo extraordinario, nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi noche amada, me pesaba en el corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Sólo dos agentes paseaban junto a la estación de carruajes y, sobre la calzada apenas iluminada por las farolas de gas que parecían agonizar, una fila de carros llevaban verduras a Les Halles. Avanzaban lentamente, cargados de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles; los caballos marchaban a un paso uniforme, siguiendo al carro que iba delante, sin hacer ruido, sobre el pavimento de madera. Delante de cada luz de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos de blanco, las coles de verde; los coches pasaban uno tras otro, rojos como el fuego, blancos como la plata, verdes como la esmeralda. Los seguí, después tomé la rue Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. No quedaba nadie, ni un café iluminado, sólo algunos rezagados que se

apresuraban. Nunca había visto París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj, eran las dos.

Una fuerza, una necesidad de andar me empujaba. Así que fui hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan cerrada, pues ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, espesa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía bajar sobre la tierra para aniquilarla.

Volví. No quedaba nadie a mi alrededor. Sin embargo, en la plaza de Château-d'Eau, un borracho a punto estuvo de chocar conmigo, y luego desapareció.

Durante un tiempo seguí oyendo su paso sonoro y desigual. Me fui. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de punto que bajaba hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer merodeaba cerca de la rue Drouot: «Oiga, señor». Apresuré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Después, nada. Delante de Le Vaudeville, un trapero escarbaba en la cuneta. Su pequeña linterna flotaba a ras de suelo. Le pregunté: «¿Qué hora es, buen hombre?».

Él masculló: «¡Yo qué sé! No llevo reloj».

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas se habían apagado. Sé que en esta época las apagan muy pronto, antes del amanecer, por economizar; ¡pero aún faltaba tanto para el amanecer!

«Iré a Les Halles», pensé, «allí al menos encontraré algo de vida».

Me puse en camino, pero ni siquiera veía lo suficiente como para guiarme. Avanzaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles al contarlas.

Delante del Crédit Lyonnais, un perro gruñó. Tomé la rue Grammont, y me perdí; anduve errante, y más tarde reconocí la Bolsa por la verja de hierro que la rodea. París entero dormía con un sueño profundo, espantoso. No obstante, a lo lejos rodaba un carruaje, uno solo, quizá el que poco antes había pasado delante de mí. Intenté alcanzarlo, siguiendo el ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras,

negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura, apagar el gas tan pronto! Ni un transeúnte, ni un rezagado, ni un merodeador, ni el maullido de un gato enamorado. Nada. ¿Dónde estaban los agentes de policía? Me dije: «Gritaré, y vendrán». Grité. Nadie respondió.

Llamé más fuerte. Mi voz se perdió en el viento, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esta noche impenetrable.

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora sería? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Escuché el tictac del pequeño mecanismo con una alegría extraña y desconocida. Parecía estar vivo. Me sentí menos solo. ¡Qué misterio! Me puse de nuevo en marcha como un ciego, tanteando los muros con mi bastón, y a cada momento levantaba los ojos al cielo, esperando que por fin amaneciera; pero el firmamento estaba negro, complemente negro, más profundamente negro que la ciudad.

Decidí llamar a la puerta de la primera cochera. Toqué el timbre de cobre, y el timbrazo resonó por toda la casa; sonó de forma extraña, como si ese ruido vibrante fuese el único del inmueble.

Esperé; nadie respondió, nadie abrió la puerta. Llamé otra vez; volví a esperar, nada.

Tuve miedo. Corrí al siguiente portal e hice sonar el timbre veinte veces en el oscuro pasillo donde debía dormir el portero. Pero no se despertó, y me alejé, tirando de las aldabas o pulsando los timbres con todas mis fuerzas, golpeando con mis pies, mi bastón o con mis manos las puertas obstinadamente cerradas.

Y de repente vi que había llegado a Les Halles. El mercado estaba desierto, sin un ruido, sin un movimiento, sin un coche, sin un alma, sin un manojo de verduras o flores. Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto.

Un miedo terrible se apoderó de mí. ¿Qué estaba pasando? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué estaba pasando? Me fui. Pero ¿y la hora? ¿Qué hora sería? ¿Quién me diría la hora? Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: «Voy a abrir el cristal de mi reloj, y palparé la aguja». Saqué el reloj… ya no sonaba… se había parado. No quedaba nada en la ciudad, nada, ni un estremecimiento, ni un resplandor, ni una vibración en el aire. ¡Nada! Ni siquiera el sonido lejano de un carruaje. ¡Nada!

Estaba en los muelles, y un frío glacial subía del río.

¿El Sena seguía fluyendo?

Quise averiguarlo. Encontré la escalera y bajé… No oía la corriente burbujear bajo los arcos del puente… Unos escalones más… después la arena… el fango… y el agua… Hundí mi brazo… Corría… fría… fría… casi congelada… casi agotada… casi muerta.

Y sentí que ya no tendría fuerzas para volver a subir… y que yo también iba a morir allí… de hambre, de cansancio y de frío.

LA NUIT
(Cauchemar)

J’aime la nuit avec passion. Je l’aime comme on aime son pays ou sa maîtresse, d’un amour instinctif, profond, invincible. Je l’aime avec tous mes sens, avec mes yeux qui la voient, avec mon odorat qui la respire, avec mes oreilles qui en écoutent le silence, avec toute ma chair que les ténèbres caressent. Les alouettes chantent dans le soleil, dans l’air bleu, dans l’air chaud, dans l’air léger des matinées claires. Le hibou fuit dans la nuit, tache noire qui passe à travers l’espace noir, et, réjoui, grisé par la noire immensité, il pousse son cri vibrant et sinistre.

Le jour me fatigue et m’ennuie. Il est brutal et bruyant. Je me lève avec peine, je m’habille avec lassitude, je sors avec regret, et chaque pas, chaque mouvement, chaque geste, chaque parole, chaque pensée me fatigue comme si je soulevais un écrasant fardeau.

Mais quand le soleil baisse, une joie confuse, une joie de tout mon corps m’envahit. Je m’éveille, je m’anime. A mesure que l’ombre grandit, je me sens tout autre, plus jeune, plus fort, plus alerte, plus heureux. Je la regarde s’épaissir la grande ombre douce tombée du ciel: elle noie la ville, comme une onde insaisissable et impénétrable, elle cache, efface, détruit les couleurs, les formes, étreint les maisons, les êtres, les monuments de son imperceptible toucher.

Alors j’ai envie de crier de plaisir comme les chouettes, de courir sur les toits comme les chats; et un impétueux, un invincible désir d’aimer s’allume dans mes veines. Je vais, je marche, tantôt dans les faubourgs assombris, tantôt dans les bois voisins de Paris, où j’entends rôder mes soeurs les bêtes et mes frères les braconniers.

Ce qu’on aime avec violence finit toujours par vous tuer. Mais comment expliquer ce qui m’arrive? Comment même faire comprendre que je puisse le raconter? Je ne sais pas, je ne sais plus, je sais seulement que cela est. - Voilà.

Donc hier - était-ce hier? - oui, sans doute, à moins que ce ne soit auparavant, un autre jour, un autre mois, une autre année, - je ne sais pas. Ce doit être hier pourtant, puisque le jour ne s’est plus levé, puisque le soleil n’a pas reparu. Mais depuis quand la nuit dure-t-elle? Depuis quand?… Qui le dira? qui le saura jamais?

Donc hier, je sortis comme je fais tous les soirs, après mon dîner. Il faisait très beau, très doux, très chaud. En descendant vers les boulevards, je regardais au-dessus de ma tête le fleuve noir et plein d’étoiles découpé dans le ciel par les toits de la rue qui tournait et faisait onduler comme une vraie rivière ce ruisseau roulant des astres.

Tout était clair dans l’air léger, depuis les planètes jusqu’aux becs de gaz. Tant de feux brillaient là-haut et dans la ville que les ténèbres en semblaient lumineuses. Les nuits luisantes sont plus joyeuses que les grands jours de soleil.

Sur le boulevard, les cafés flamboyaient; on riait, on passait, on buvait. J'entrai au théâtre, quelques instants, dans quel théâtre? je ne sais plus. Il y faisait si clair que cela m'attrista et je ressortis le coeur un peu assombri par ce choc de lumière brutale sur les ors du balcon, par le scintillement factice du lustre énorme de cristal, par la barrière du feu de la rampe, par la mélancolie de cette clarté fausse et crue. Je gagnai les Champs-Élysées ou les cafés-concerts semblaient des foyers d'incendie dans les feuillages. Les marronniers frottés de lumière jaune avaient l'air peints, un air d'arbres phosphorescents. Et les globes électriques, pareils à des lunes éclatantes et pâles, à des oeufs de lune tombés du ciel, à des perles monstrueuses, vivantes, faisaient pâlir sous leur clarté nacrée, mystérieuse et royale, les filets de gaz, de vilain gaz sale, et les guirlandes de verres de couleur.

Je m'arrêtai sous l'Arc de Triomphe pour regarder l'avenue, la longue et admirable avenue étoilée, allant vers Paris entre deux lignes de feux, et les astres! Les astres là-haut, les astres inconnus jetés au hasard dans l'immensité où ils dessinent ces figures bizarres, qui font tant rêver, qui font tant songer. J'entrai dans le bois de Boulogne et j'y restai longtemps, longtemps. Un frisson singulier m'avait saisi, une émotion imprévue et puissante, une exaltation de ma pensée qui touchait à la folie.

Je marchai longtemps, longtemps. Puis je revins.

Quelle heure était-il quand je repassai sous l'Arc de Triomphe? Je ne sais pas. La ville s'endormait, et des nuages, de gros nuages noirs s'étendaient lentement sur le

ciel.

Pour la première fois je sentis qu'il allait arriver quelque chose d'étrange, de nouveau. Il me sembla qu'il faisait froid, que l'air s'épaississait, que la nuit, que ma nuit bien-aimée, devenait lourde sur mon coeur. L'avenue était déserte, maintenant. Seuls, deux sergents de ville se promenaient auprès de la station des fiacres, et, sur la chaussée à peine éclairée par les becs de gaz qui paraissaient mourants, une file de voitures de légumes allait aux Halles. Elles allaient lentement, chargées de carottes, de navets et de choux. Les conducteurs dormaient, invisibles; les chevaux marchaient d'un pas égal, suivant la voiture précédente, sans bruit, sur le pavé de bois. Devant chaque lumière du trottoir, les carottes s'éclairaient en rouge, les navets s'éclairaient en blanc, les choux s'éclairaient en vert; et elles passaient l'une derrière l'autre, ces voitures, rouges d'un rouge de feu, blanches d'un blanc d'argent, vertes d'un vert d'émeraude. Je les suivis, puis je tournai par la rue Royale et revins sur les boulevards. Plus personne, plus de cafés éclairés, quelques attardés seulement qui se hâtaient. Je n'avais jamais vu Paris aussi mort, aussi désert. Je tirai ma montre, il était deux heures.

Une force me poussait, un besoin de marcher. J'allai donc jusqu'à la Bastille. Là, je m'aperçus que je n'avais jamais vu une nuit si sombre, car je ne distinguais pas même la colonne de Juillet, dont le Génie d'or était perdu dans l'impénétrable

obscurité. Une voûte de nuages, épaisse comme l'immensité, avait noyé les étoiles, et semblait s'abaisser sur la terre pour l'anéantir. Je revins. Il n'y avait plus personne autour de moi. Place du Château-d'Eau, pourtant, un ivrogne faillit me heurter, puis il disparut. J'entendis quelque temps son pas inégal et sonore. J'allais. A la hauteur du faubourg Montmartre un fiacre passa, descendant vers la Seine. Je l'appelai. Le cocher ne répondit pas. Une femme rôdait près de la rue Drouot: «Monsieur, écoutez donc». Je hâtai le pas pour éviter sa main tendue. Puis plus rien. Devant le Vaudeville, un chiffonnier fouillait le ruisseau. Sa petite lanterne flottait au ras du sol. Je lui demandai: «Quelle heure est-il, mon brave?».

Il grogna: «Est-ce que je sais! J’ai pas de montre».

Alors je m’aperçus tout à coup que les becs de gaz étaient éteints. Je sais qu’on les supprime de bonne heure, avant le jour, en cette saison, par économie; mais le jour était encore loin, si loin de paraître!

«Allons aux Halles, pensai-je, là au moins je trouverai la vie».

Je me mis en route, mais je n’y voyais même pas pour me conduire. J’avançais lentement, comme on fait dans un bois, reconnai-ssant les rues en les comptant.

Devant le Crédit Lyonnais, un chien grogna. Je tournai par la rue de Grammont, je me perdis; j’errai, puis je reconnus la Bourse aux grilles de fer qui l’entourent. Paris entier dormait, d’un sommeil profond, effrayant. Au loin pourtant un fiacre roulait, un seul fiacre, celui peut-être qui avait passé devant moi tout à l’heure. Je cherchais à le joindre, allant vers le bruit de ses roues, à travers les rues solitaires et noires, noires, noires comme la mort.

Je me perdis encore. Où étais-je? Quelle folie d’éteindre sitôt le gaz! Pas un passant, pas un attardé, pas un rôdeur, pas un miaulement de chat amoureux. Rien.

Où donc étaient les sergents de ville? Je me dis: «Je vais crier, ils viendront». Je criai. Personne ne répondit.

J’appelai plus fort. Ma voix s’envola, sans écho, faible, étouffée, écrasée par la nuit, par cette nuit impénétrable.

Je hurlai: «Au secours! au secours! au secours!».

Mon appel désespéré resta sans réponse. Quelle heure était-il donc? Je tirai ma montre, mais je n’avais point d’allumettes. J’écoutai le tic-tac léger de la petite mécanique avec une joie inconnue et bizarre. Elle semblait vivre. J’étais moins seul. Quel mystère! Je me remis en marche comme un aveugle, en tâtant les murs de ma canne, et je levais à tout moment mes yeux vers le ciel, espérant que le jour allait enfin paraître; mais l’espace était noir, tout noir, plus profondément noir que la ville.

Quelle heure pouvait-il être? Je marchais, me semblait-il, depuis un temps infini, car mes jambes fléchissaient sous moi, ma poitrine haletait, et je souffrais de la faim horriblement. Je me décidai à sonner à la première porte cochère. Je tirai le bouton de cuivre, et le timbre tinta dans la maison sonore; il tinta étrangement comme si ce bruit vibrant eût été seul dans cette maison.

J’attendis, on ne répondit pas, on n’ouvrit point la porte. Je sommai de nouveau; j’attendis encore, - rien.

J’eus peur! Je courus à la demeure suivante, et vingt fois de suite je fis résonner la sonnerie dans le couloir obscur où devait dormir le concierge. Mais il ne s’éveilla pas, - et j’allai plus loin, tirant de toutes mes forces les anneaux ou les boutons, heurtant de mes pieds, de ma canne et de mes mains les portes obstinément closes.

Et tout à coup, je m’aperçus que j’arrivais aux Halles. Les Halles étaient désertes, sans un bruit, sans un mouvement, sans une voiture, sans un homme, sans une botte de légumes ou de fleurs. - Elles étaient vides, immobiles, abandonnées, mortes!

Une épouvante me saisit, - horrible. Que se passait-il? Oh! mon Dieu! que se

passait-il?

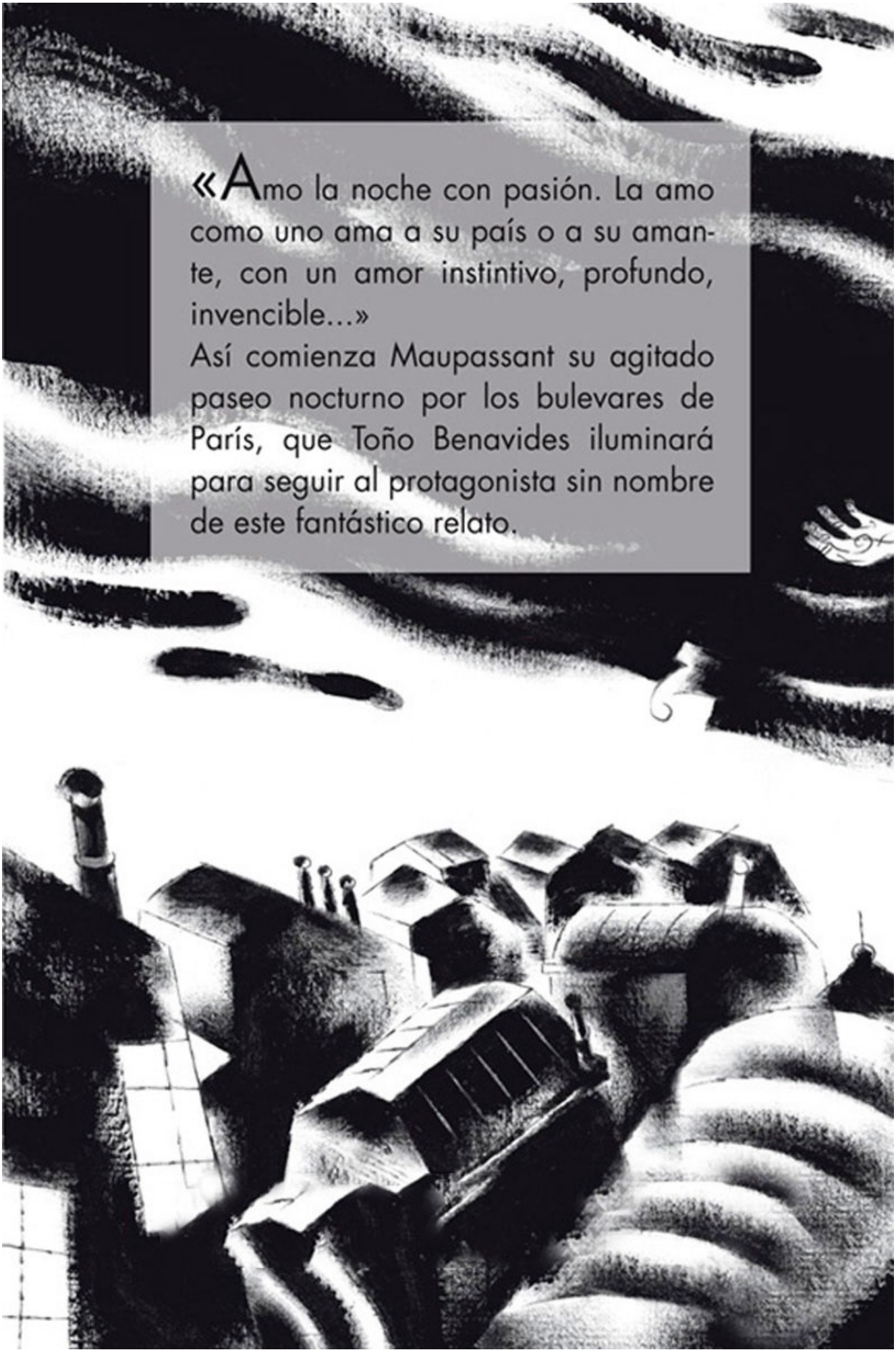
Je repartis. Mais l’heure? l’heure? qui me dirait l’heure? Aucune horloge ne sonnait dans les clochers ou dans les monuments. Je pensai: «Je vais ouvrir le verre de ma montre et tâter l’aiguille avec mes doigts». Je tirai ma montre… elle ne battait plus… elle était arrêtée. Plus rien, plus rien, plus un frisson dans la ville, pas une lueur, pas un frôlement de son dans l’air. Rien! plus rien! plus même le roulement lointain du fiacre, - plus rien!

J’étais aux quais, et une fraîcheur glaciale montait de la rivière.

La Seine coulait-elle encore?

Je voulus savoir, je trouvai l’escalier, je descendis… Je n’entendais pas le courant bouillonner sous les arches du pont… Des marches encore… puis du sable… de la vase… puis de l’eau… j’y trempai mon bras… elle coulait… elle coulait… froide… froide… froide… presque gelée… presque tarie… presque morte.

Et je sentais bien que je n’aurais plus jamais la force de remonter… et que j’allais mourir là… moi aussi, de faim - de fatigue - et de froid.



«Amo la noche con pasión. La amo como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible...»

Así comienza Maupassant su agitado paseo nocturno por los bulevares de París, que Toño Benavides iluminará para seguir al protagonista sin nombre de este fantástico relato.

GUY DE MAUPASSANT (Miromesnil, 1850 - París, 1893) fue un prolífico autor que escribió multitud de cuentos cortos y algunas novelas, y eso que sólo vivió 43 años. Con una madre muy protectora y un padre ausente, fue un chico atlético que sin embargo pronto comenzó a tener problemas de salud. Intelectualmente fue pronto acogido por Flaubert. Participó en la guerra franco-prusiana en 1870, cosa que le marcó en sus relatos. Los temas recurrentes de su obra es un fuerte pesimismo, poca confianza en la naturaleza humana, con una gran atención al detalle, a la naturaleza. Sus relatos de terror, en los que se enmarca la narración que nos ocupa, son especialmente turbadores, fiel reflejo de su personalidad, a lo que hay que sumar sus citados problemas de salud. En sus varios intentos de suicidio antes de su muerte, vemos la obsesión por la muerte en Maupassant, cosa que no puede dejar de observarse en este relato.